Un regalo inesperado



Una novela de
PATRICIA WHITE

Un regalo inesperado

Patricia White

Autora: Patricia White (seudónimo)
© Copyright: Patricia White, 2024
Ilustración de la cubierta: Freepik.
Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

Capítulo 1 | El paquete equivocado

Capítulo 2 | Un café improvisado

Capítulo 3 | El espíritu navideño que falta

Capítulo 4 | La tormenta de nieve

Capítulo 5 | El eco del silencio

Capítulo 6 | Nochebuena y una confesión

Capítulo 7 | Año nuevo, nuevas posibilidades

Capítulo 1

El paquete equivocado



Las luces navideñas brillan por toda la calle e incluso juguetean a colarse a través de mis ventanas, pero aquí dentro, en esta casa que ha perdido su calor, parecen más una burla que un consuelo. Cuelgan de los balcones y los árboles como recuerdos ajenos, centelleando en una danza de colores que no logran alcanzarme. La Navidad siempre fue una celebración de dos: mi abuela y yo, nuestras tradiciones, nuestros pequeños rituales que llenaban el salón de vida. Este año, sin Nana, es como si todo se hubiera congelado, como si la vida misma se hubiera quedado atrapada en un copo de nieve incapaz de caer al suelo.

Es la primera vez que salgo a dar un paseo desde que la despedí. Esperaba que el aire gélido me sacudiera un poco y me despertara, aunque fuera para quejarme del mal tiempo. Sin embargo, siento que el agua ha calado mis bailarinas y no me importa. Debería haberme puesto unas botas; mi abuela habría insistido en que lo hiciera para no resbalarme ni pillar una gripe.

Recorro el camino hacia la casita donde hemos residido juntas durante siete años, igual que un fantasma repite el día de su muerte en un ciclo sin fin, y me detengo en la entrada. Incrusto la llave en la cerradura de la puerta a cuyos pies se encuentra el felpudo en forma de gato que le regalé hace dos años. Estoy a punto de cerrar desde dentro cuando, al bajar la vista, veo el paquete a un lado. Es un rectángulo de cartón con una etiqueta escrita a mano. No parece hecho aposta sino un olvido. Me agacho para leer la dirección. «Diego». No es mío ni se dirige a mí. Tampoco a Nana. Y, sin embargo, aquí está, interrumpiendo mi aislamiento.

Diego es el nombre del nuevo vecino. Se mudó hace apenas un par de semanas, o eso creo. No sé mucho de él, solo que vive en la casa de al lado y que ha sido tan silencioso como yo. Quizás incluso más.

Con el paquete en las manos, camino unos metros hacia la izquierda y me detengo frente a su puerta. La madera está decorada con una corona de pino, tan sencilla que parece más un gesto de cortesía que de entusiasmo. Dudo unos segundos, preguntándome si debería tocar el timbre. Después de todo, podría dejarlo en el suelo y desaparecer, como si nunca hubiera estado aquí y el cartero hubiera hecho bien su trabajo.

Pero no hay remite ni dirección de destinatario, así que no fue el cartero quien lo dejó. La soledad es un animal hambriento que me roe el pecho y pienso que un encuentro, aunque sea tan breve como devolver un paquete, me distraerá de la marea de recuerdos que amenaza con arrastrarme.

Llamo al timbre y casi enseguida se oye un ruido detrás, el giro del pomo. Cuando la puerta se abre, ahí está él: un hombre de unos treinta y tantos con el cabello oscuro un poco alborotado, como si acabara de levantarse o nunca hubiera intentado peinarse del todo. Sus ojos, de un tono indescifrable entre el verde y el gris, se fijan en mí con una sorpresa cálida.

—Hola... —empiezo, insegura—. Esto... esto es tuyo. Lo dejaron en mi puerta por error.

Le entrego el paquete y él lo coge con un gesto agradecido, aunque no lo mira realmente. Su atención se queda en mí, como si quisiera entender por qué estoy aquí, en lugar de limitarme a devolver lo que no me pertenece.

—Gracias, Alma, ¿verdad? —dice y su voz tiene un matiz grave, casi reconfortante.

Asiento, sintiéndome repentinamente torpe. No esperaba que supiera mi nombre, aunque tal vez lo escuchó de pasada en alguna conversación con el casero o lo leyó en la esquela que hasta ayer teníamos en la puerta.

—Sí. —Una pausa incómoda se instala entre nosotros. El paquete permanece en sus manos, sellado e intacto, como si ni siquiera fuera importante para él—. Bueno, felices fiestas —agrego, más por cortesía que por otra cosa. Las palabras se sienten ajenas en mis labios, casi amargas.

—Para ti también —responde él, con una media sonrisa que no alcanza a iluminarle la mirada—. ¿Te gustaría pasar a tomar un café?

La pregunta me toma por sorpresa. He venido aquí para dejar el paquete y desaparecer, pero ahora que me lo propone, la idea de regresar a mi apartamento vacío me resulta insoportable. Hago un esfuerzo por sonreír. Siento un pequeño empujoncito en el hombro, quizás el suave roce de una energía invisible que me insta a aceptar. Mi abuela me habría animado con su habitual entusiasmo por aprovechar el tiempo. «Vete, niña, ¿qué tienes que perder?».

—Está bien, pero solo un momento.

Diego se aparta para dejarme pasar y cierra la puerta con suavidad, como si temiera romper el frágil silencio que nos envuelve. La sala de estar es acogedora, aunque hay pocas cosas. Quizás aún no haya terminado de desempacar o simplemente no tiene intención de llenar el espacio demasiado. Suelta el paquete en la mesa baja que hay delante del sofá, donde reposa ignorado, mientras Diego se dirige a la cocina americana a preparar el café. Coloca un par de tazas en la barra que la separa del salón, a modo de barista de un café parisino. Me siento en el borde del sofá y percibo un aroma tenue a canela en el aire.

—¿No vas a abrirlo? —pregunto con curiosidad.

Diego se detiene un instante y se gira para mirarme desde la cocina con una sonrisa que me insta a pensar que sabe un secreto que yo desconozco.

—¿El paquete? —Su voz es un eco que se mezcla con el sonido del café burbujeando—. Tal vez más tarde. No es algo urgente.

No insisto. Por alguna razón siento que, si sigo indagando, cruzaré una línea que no debería. Sin embargo, la forma en que sus ojos se pierden en el vapor del café me hace preguntarme si él también está escapando de algo, o tal vez de alguien.

—¿Azúcar?

—No, solo está bien.

Me levanto para recoger mi taza, pero Diego ya se ha adelantado a traer ambas hasta la mesita del salón. Agarro la mía y la abrazo entre mis manos para calentarme y regalarme un poco de tiempo en el que pensar qué decir a continuación. El café sabe amargo y fuerte, y cuando lo pruebo, me sorprende lo mucho que esa sensación se parece a lo que siento en el pecho. Es el primer café que comparto con alguien desde que la abuela se fue y, por un momento, mientras el calor de la taza me reconforta las manos, imagino que las cosas no son tan malas. Que quizá, detrás de estas paredes y de estas soledades, hay algo más que vale la pena descubrir.

Diego y yo hablamos de cosas banales, de la nieve ha cubierto el parque, de la fiesta que el pueblo celebra cada año el día de Navidad y de la última película que vimos. Todo es liviano, sin peso alguno. Pero en el aire flota una sensación de vacío que ninguno de los dos se atreve a mencionar.

—¿Pesadilla antes de Navidad?

—De Halloween, por supuesto.

—¿Y Los gremlins?

—Esa es de Navidad —sonrío—. Te lo juro. Todos los años veíamos las mismas películas, no me vas a pillar. ¿Tú no tienes alguna tradición?

Se lo plantea un rato. Pestañea mientras se muerde el labio en busca de una respuesta.

—A mi madre le gustaba jugar al parchís. Toda la santa Nochebuena —suspira—. Y nunca ganaba.

Antes de irme, Diego me acompaña hasta la puerta y me agradece de nuevo por traerle el paquete. Me despido con una sonrisa pequeña, que siento un poco rota, pero sincera.

Cuando regreso a mi casa, cierro la puerta detrás de mí y, por un segundo, dejo que el peso de la ausencia vuelva a caer sobre mis hombros. Está tan silenciosa como cuando me fui, pero de alguna manera, se siente un poco menos fría.

Y me sorprendo pensando en Diego. En sus ojos y en el paquete que quedó sin abrir.

Capítulo 2

Un café improvisado



Las mañanas solitarias son más largas en invierno. Hoy he intentado leer, he paseado por la casa sin propósito y he mirado el reloj más veces de las que debería. Raúl ha vuelto a insistir en que pase las fiestas con él y su familia en la ciudad, pero no puedo. Echo de menos a mis sobrinos; crecen por momentos y se les ilumina la cara cada vez que prometo ir a verlos. Sé que mi hermano actúa de buena fe, a pesar de que se escaqueara bastante con los cuidados de mi abuela. La distancia siempre fue la gran excusa que necesitaba para alejarse del pueblo.

El problema es que no quiero ser la visita que llega cargada de tristeza, el fantasma que se cuela en sus rutinas, la deprimida tía Alma. Aquí, en la casa de la abuela, la pena parece tener un eco más soportable. Es un dolor al que ya me he acostumbrado, como si las paredes mismas lo respiraran conmigo y sus pertenencias, aún guardadas donde las dejó, me acompañaran en el duelo.

Al ir a recoger el correo, encuentro una nota doblada que alguien ha deslizado por debajo de la puerta. La desdoblo con cautela y la esperanza de que no sea una tarjeta de felicitación navideña de las que me envían algunas de mis amigas para cumplir. Pero es tan solo un papel cualquiera y otra caligrafía, más apresurada: «Alma: gracias por el paquete. Si te apetece, estaré en la cafetería de la esquina a las cinco. Te invito a un café de verdad. Diego».

No sé por qué, pero sonrío. Quizás sea la falta de contacto humano o la curiosidad latente que me ha dejado ese paquete sin abrir. El invierno se ha llevado a tanta gente de mi vida que aceptar la invitación de un vecino desconocido me resulta un pequeño acto de valentía. Dejo la nota sobre la mesa y la releo un par de veces, como si las palabras cambiaran de significado o desaparecieran si las miro lo suficiente. Es un mensaje tan simple y directo. Me pregunto si habrá escrito otras versiones antes, si habrá dudado igual que yo lo hago ahora.

Casi de inmediato una voz interna me susurra que no acuda, que me quede en casa, que la soledad también tiene sus ventajas. Después de todo, ¿qué importa una invitación a un café de un extraño? Pero la sensación de vacío me alcanza de nuevo, ese mismo vacío que invade los pasillos de la casa desde que mi abuela se fue. Y sé que, si no voy, si dejo pasar esta oportunidad de conectar, aunque sea mínimamente, con alguien, el invierno se instalará en mis huesos y será difícil echarlo.

Paso la tarde tratando de distraerme, pero no hago más que darle vueltas al mismo pensamiento. Camino por la casa, abro y cierro cajones sin motivo, hojeo el libro que llevo meses leyendo sin poder concentrarme en una sola frase. Finalmente, decido que al menos me cambiaré de ropa, como si el simple hecho de prepararme para salir me ayudara a tomar una decisión. Me pongo el suéter de lana rojo de Nana; es cálido y huele a lavanda, como ella. No he usado maquillaje en semanas, pero esta vez me acerco al espejo y, aunque sea con un poco de lápiz de labios, le doy algo de color a mi rostro. Como si el gesto de pintarme fuera una manera de invocar a una versión de mí misma que yace dormida y cansada, una versión que solía sentirse viva.

Me miro en el espejo y apenas me reconozco. Tengo la piel pálida y los ojos agotados, aunque ha aparecido una luz en mis mejillas que no estaba ahí antes. Es el nerviosismo, la

anticipación de hacer algo fuera de la rutina. Me siento torpe mientras busco mis zapatos y la bufanda. Durante un segundo, pienso en llamar a Raúl, en decirle que quizá sí quiero ir a la ciudad para las fiestas, que a lo mejor no es tan mala idea rodearme de ruido y risas. Pero sé que no lo haré, porque en este momento salir a la calle, atravesar la acera hasta la cafetería, ya me parece un reto lo suficientemente grande.

Cuando estoy lista, me doy cuenta de que faltan apenas cinco minutos para las cinco. Salgo de casa antes de cambiar de opinión y cierro la puerta con un portazo que parece más un empujón a mi propia indecisión. Camino despacio, sintiendo el frío colarse por el cuello de mi abrigo. Podría darme la vuelta en cualquier momento, regresar a mi refugio, encender la estufa y dejar que este pequeño impulso se disuelva en la pereza.

Pero cuando llego frente a la cafetería, el calor que emana del interior me envuelve. A través de los cristales veo las mesas llenas de gente charlando, el vapor flotando sobre las tazas de café, y siento una punzada de envidia. La gente luce tan cómoda, tan naturalmente inmersa en sus vidas. Y yo, aquí afuera, dudo de si soy capaz de sentarme frente a un desconocido y sostener una conversación.

Respiro hondo, casi con el mismo esfuerzo con el que uno se zambulle en agua fría, y abro la puerta. El olor a café recién hecho y a pastel recién horneado me recibe con una calidez que logra disipar parte de mis dudas. Tal vez esto no sea más que una pausa momentánea en mi soledad, pero al menos será una que he elegido yo.

Diego ya está allí, sentado en una mesa cerca de la ventana, con un libro en las manos. Lleva un abrigo oscuro sobre una camisa de cuadros azul y gris, y una bufanda de lana gruesa rodea su cuello con un aire despreocupado. Tiene el cabello castaño oscuro, ligeramente alborotado con mechones que caen sobre su frente y una barba que no llega a ser descuidada, sino más bien del tipo que parece pertenecerle naturalmente, como si nunca creciera más. Sus ojos verdes grisáceos reflejan la luz de la calle y, cuando me ve, los entrecierra apenas en una sonrisa que llega hasta sus mejillas, haciendo que los pequeños surcos a su alrededor se acentúen.

Guarda el libro de inmediato con el gesto relajado de quien no se ha sentido incómodo por esperar. Se levanta con una elegancia sencilla, esa que posee la gente que no teme ocupar su espacio. Por un instante, fantaseo con la idea de que lleva esperándome desde hace mucho más tiempo que el que marca el reloj, como si el destino lo hubiera traído a esa mesa no solo esta tarde, sino en todas las que vinieron antes, y yo no lo supe hasta hoy.

—Hola, Alma —dice y el sonido de mi nombre en su voz posee una extraña familiaridad.

—Hola, Diego —respondo con torpeza. No sé qué hacer con las manos ni con la incomodidad que me ha invadido desde que salí de casa.

Me siento frente a él y el camarero se acerca. Pido un café con leche, aunque casi no tengo hambre ni sed. Es más por el ritual, por el acto de compartir algo con otra persona.

El silencio se instala por un momento, pero no es incómodo, sino más bien como si ambos supiéramos que hay un espacio que llenar, pero ninguno quisiera apresurarse. Diego toma un sorbo de su café y me mira.

—Quería agradecerte de nuevo por llevarme el paquete. Me sorprendió porque en estos tiempos los vecinos ya casi ni se saludan. Es una pena, ¿no? Supongo que estaría tan distraído el día que llegó que ni siquiera me di cuenta de que lo habían dejado en la dirección equivocada.

Asiento y noto que la conversación se desarrolla despacio y natural.

—No es nada. Yo... no tengo mucho que hacer últimamente, así que fue una pequeña excusa para salir de casa. —Me doy cuenta de que he dicho más de lo que quería, así que intento cambiar de tema—. ¿Te estás mudando o algo así?

Diego ladea la cabeza, meditando la respuesta.

—Algo así —responde y hay un atisbo de duda en su voz—. Planeo irme después de las fiestas, cuando la ciudad esté más tranquila. Pero aún no estoy del todo seguro.

Hay algo en su manera de decirlo que despierta mi curiosidad, una especie de inseguridad que no esperaba de alguien como él, tan sereno. Nos quedamos en silencio de nuevo, pero esta vez es más fácil soportarlo. Tomo un sorbo de café y dejo que el calor me envuelva. Recuerdo cómo mi abuela solía decir que no había mal que un buen café no pudiera mitigar, aunque fuera por un rato.

—Lo siento —le digo sin saber bien por qué. Tal vez porque me da la impresión de que él también escapa de algo—. Yo también he estado un poco perdida. Mi abuela... —Hago una pausa y me trago el nudo alojado en la garganta—. Ella falleció hace unos meses y ahora estoy aquí, en su casa, tratando de entender cómo se vive sin una persona que era el centro de todo.

No sé por qué le cuento todo esto. Debe ser cierto eso de que es más sencillo descubrirse ante un desconocido que desnudarse delante del espejo y observarse a uno mismo. Diego asiente con una comprensión inesperada en su mirada, como si hubiera pasado por algo similar. No dice nada de inmediato, pero su silencio me invita a seguir.

—Mi hermano me ha insistido para que pase las fiestas con él y su familia, pero no sé... No me siento preparada para estar rodeada de tanta vida cuando aquí apenas estoy aprendiendo a soportar el vacío. —Me sorprendo de mi propia franqueza. Me resulta más fácil abrirme cuando no hay un pasado en común que ensombrezca la conversación.

Diego me mira con ternura.

—Entiendo —dice simplemente y luego esboza una media sonrisa—. A veces la soledad es un lugar más seguro, ¿no? Al menos allí uno conoce las reglas.

Asiento, agradecida de que no me presione para hablar más. Sus palabras resuenan en mí porque es exactamente lo que he estado sintiendo las últimas semanas, aunque no lograra colocar las palabras correctas. Termino mi café y, justo cuando estoy a punto de preguntarle de nuevo sobre el paquete, él se adelanta.

—Me alegra que hayas venido. No es común conocer a alguien que entienda... bueno, lo difícil que pueden ser las fiestas. Parece que la alegría es obligatoria.

—Sí, es casi una norma no escrita...

—¿Siempre han sido así para ti? —pregunta, su tono suave, pero curioso, como si no quisiera cruzar un límite invisible.

Dudo un momento. Mi naturaleza reservada me agarra con fuerza, pero hay algo en su manera de escuchar, como si le importara realmente, que me provoca una sensación de alivio. Como si, por una vez, hablar de lo que llevo dentro no fuera a empeorarlo todo.

—No, la verdad es que solían ser mi época favorita —confieso, observando las motas de polvo flotar bajo la luz de la lámpara. Trato de escoger las palabras adecuadas—. Mi abuela era la reina de las Navidades. Siempre nos reuníamos en su casa, comíamos hasta reventar y jugábamos a las cartas. Suena estúpido y aburrido, lo sé. Y, sin embargo, no sabes cuánto se puede llegar a echar de menos. —Me detengo, casi arrepintiéndome de haber dicho tanto—. Lo siento, estoy siendo muy dramática.

Diego niega con la cabeza y me mira con una especie de ternura inesperada.

—Me resultaría extraño si fuera todo lo contrario. Perder a alguien querido... —Su voz se desvanece un poco y sus ojos se tornan pensativos, como si él mismo estuviera luchando con algún recuerdo—. Yo también perdí a alguien muy importante hace poco más de un año.

Hay algo en la manera en que lo dice, una sinceridad casi descarnada, que hace que me atreva a preguntarle.

—¿Alguien cercano?

Diego asiente con un movimiento apenas perceptible.

—La que creí el amor de mi vida. Pero sigue viva, solo que sin mí. Por supuesto no es lo mismo. No quise comparar mi...

Tartamudea, avergonzado, y me lanzo en su ayuda.

—Una pérdida es una pérdida —le digo con cierto resquemor. ¿Por qué me molesta que muestre rescoldos de un amor pasado?—. Al final se trata de acostumbrarte a vivir sin aquello que ya no está.

—El caso es que este año me apetecían unas Navidades más tranquilas, que es, según mi hermana, la manera cobarde de decir que quiero estar solo.

Por alguna razón, esas palabras resuenan en mí con una fuerza inesperada, como si las hubiera dicho para mí, como si su búsqueda fuera un eco de la mía. Me atrevo a compartir más en esta especie de confesionario improvisado que nos hemos inventado.

—Mi hermano me ha insistido también varias veces... pero siempre encuentro una excusa para quedarme. Supongo que me aferro a lo poco que queda de lo que solía ser mi vida con mi abuela.

—A veces es más fácil quedarse en el mismo lugar, incluso cuando duele, porque es lo único que conocemos.

Me quedo callada y sus palabras me rozan como una caricia que me despierta algo adormecido.

—¿Y tú? —pregunto entonces, buscando un poco de equilibrio en la conversación—. ¿Por qué elegiste este pueblo? Dijiste que te mudarás pronto, pero ¿qué te ha traído aquí entonces?

Diego se toma un momento antes de responder. Mira hacia la ventana, donde los copos de nieve caen perezosamente.

—Quizás sea lo mismo que te hizo quedarte a ti. La esperanza de que este lugar pudiera ser diferente. Una tregua.

Me quedo observándolo y experimento una extraña mezcla de comprensión y curiosidad.

—¿Y funciona?

—No lo sé —responde y toma un sorbo de su taza, aunque ya se encuentra vacía—. Quizás esté empezando a serlo.

Nos quedamos en silencio por un instante, uno de esos silencios que no son incómodos, sino necesarios. Estoy a punto de preguntar algo más cuando Diego, como si adivinara mis pensamientos, cambia el tema con una sonrisa.

—Deberíamos hablar de cosas más alegres, ¿no crees? —dice—. Es Navidad, al fin y al cabo.

—¿Más alegres? —repito, sonriendo de manera involuntaria—. No estoy segura de que sepa cómo hacer eso últimamente.

—Entonces te propongo un trato —Su expresión adquiriendo un toque de desafío juguetón —. Yo invito al próximo café y tú traes una historia divertida, por muy pequeña que sea. ¿Qué te parece? Puedes inventártela, jamás sabré si es cierta o no.

Me río suavemente, sorprendida de lo fácil que es para él arrancarme una sonrisa. Asiento con la cabeza, sabiendo en el fondo que este café ha sido más que una simple cortesía. Se trata de un punto de inflexión, un momento que me ha permitido recordar lo que es sentirme viva, aunque sea por un rato.

Cuando salimos de la cafetería, me doy cuenta de que hay algo más en mi pecho, un anhelo que no tenía antes. Me digo que es solo el alivio de haber hablado con alguien, de haber soltado un poco de la carga. Pero mientras camino de regreso a casa, no puedo evitar desear que Diego sea algo más que una coincidencia pasajera en mi vida.

Capítulo 3

El espíritu navideño que falta



El aire trae aroma a castañas asadas y me recuerda que pronto llegará el invierno de verdad, ese que me encantaba observar desde la ventana, embutida en una manta y con un libro de Agatha Christie que nos servía a la abuela y a mí para jugar a ser detectives. En la plaza, el mercadillo navideño despliega sus luces parpadeantes y su bullicio de risas y voces que regatean los precios. Diego y yo empezamos a pasar más tiempo juntos en lo que se ha convertido en un pacto tácito para hacernos compañía. No nos damos demasiadas explicaciones ni mencionamos el futuro. No se compadece de mí ni yo de él, y con eso nos basta.

Me he acostumbrado a verlo por las tardes, cuando se termina el día y el pueblo se tiñe de ese resplandor cálido que emiten las guirnaldas y los puestos de madera. Sé que estoy huyendo de tomar decisiones, que en algún momento mis ahorros se acabarán y necesitaré un trabajo, que no tengo ni la más remota idea de qué camino seguiré tras siete años cuidando exclusivamente de Nana. Pero de momento continuaré ejerciendo de avestruz que esconde la cabeza bajo la arena.

Diego tiene una sonrisa que se enciende en los momentos más inesperados, como ahora, mientras sostiene dos vasos de chocolate caliente que humean igual que un par de chimeneas diminutas.

—Cuidado, está muy caliente —advierte, pero me mira de reojo con esa chispa traviesa y sé que espera a que me queme la lengua.

Sorbo con precaución y dejo que el calor dulce me cale hasta los huesos. Me quedaría a vivir en un lago de cacao.

—Creí que ya no habría forma de volver a convencerte para una de estas actividades tan... navideñas —bromea.

—No se trata de convencerme —respondo, mirando el bullicio de la plaza—, es solo que... No sé, a veces siento que todo esto no es para mí. Como si me hubiera quedado fuera, observando desde una ventana a todas estas personas ilusionadas.

Muevo la cabeza hacia las luces que decoran el árbol del pueblo, donde algunos ya han colgado adornos significativos, pequeños pedazos de sus vidas encapsulados en objetos.

—¿Sabes? Cada año el ayuntamiento adecenta ese pino para que la gente cuelgue un adorno personal, algo que les importe, y formen parte de una especie de collage del pueblo —comento —. Mi abuela siempre me pedía que colocara el mismo adorno: una foto de mi hermano y yo en nuestra primera Navidad juntos. Decía que así le pedía al año nuevo que nos lleváramos bien siempre. Ella tuvo tres hermanos con los que no se hablaba.

—Este año deberías colgar un adorno tuyo —sugiere Diego—. ¿Tienes algo en mente?

Pienso en qué podría colocar ahí. No tengo muchas cosas que guarden un significado especial; todo lo que de verdad importaba quedó enterrado junto a mi abuela o se marchitó con el tiempo, como flores olvidadas en un jarrón vacío. Pero decido no decirlo.

—Quizá encuentre algo —respondo de forma evasiva.

Diego se inclina hacia mí, como si fuera a contarme un secreto.

—Yo ya sé lo que voy a poner —dice y entonces saca de su bolsillo un pequeño objeto envuelto en una tela roja—. Es un reloj de bolsillo —explica al desplegar la tela con cuidado. El

reloj está apagado, detenido en una hora que no puedo distinguir entre las grietas del cristal—. Era de mi abuelo. Siempre decía que el tiempo es relativo, que lo importante es lo que haces con él.

Le devuelvo una sonrisa, pero algo se agita en mi interior, como un eco distante.

—¿Por qué lo vas a colgar? —le pregunto con un tono más suave de lo que pretendía.

—Para recordarme que algunas cosas no vuelven, pero hay que seguir el camino —hace una pausa, como si escogiera las palabras con delicadeza—. A veces uno no necesita que todo esté perfecto para encontrar un poco de paz. Necesito aprender a vivir en el caos de mi vida actual.

Suspira con resignación, lo que le otorga un halo de misteriosa vulnerabilidad que me hace cosquillas en el estómago. Lo observo colocar el reloj entre las ramas y entonces comprendo que es mi turno. Rebusco en el bolsillo del abrigo y encuentro un pequeño lazo azul que una vez usé para envolver un regalo. Es curioso como un objeto tan nimio logra atraer recuerdos tan potentes. Viajo hasta las Navidades anteriores en las que mi abuela ya andaba convaleciente y demasiado débil para moverse de la cama. Su casa, siempre repleta de fotografías que capturaban momentos aparentemente insignificantes, se había tornado oscura y gris, y ella insistía en que faltaba un retrato de su madre entre todas las demás. Removí cielo y tierra hasta que di con una pequeña fotografía en blanco y negro de mi bisabuela con apenas veinte años, la enmarqué y se la envolví en un papel salpicado de lunares que coroné con un lazo azul.

El mismo que se había quedado olvidado en el bolsillo de mi abrigo y ahora acuno como si fuera un diamante. Me acerco al árbol y, sin pensar demasiado, lo coloco junto al reloj de Diego.

—Bonita elección —dice él y noto un destello de aprobación en su mirada.

Después de colgar los adornos, continuamos caminando por la plaza, sumidos en ese bullicio festivo que, de algún modo, parece amortiguar la soledad que ambos cargamos. En algún momento, Diego me recuerda lo de la anécdota que le debo.

—Me dijiste que me contarías una historia divertida.

—Está bien, está bien. Te la contaré —respiro hondo, tratando de recordar un momento que me saque una sonrisa, aunque sea una pequeña—. Cuando era niña, solía quedarme en la casa de mi abuela los fines de semana. Un verano me enseñó a hacer helado casero y yo estaba tan emocionada que no podía esperar para probarlo. Estaba segura de que había inventado el mejor sabor del mundo. Así que, una vez que el helado estuvo listo, lo llevé a la mesa y serví dos tazas. Pero cuando lo probamos, mi abuela empezó a reírse tanto que casi se cae de la silla. Resulta que, en lugar de azúcar, le había echado sal.

Diego se ríe con ganas y siento un cosquilleo en el pecho que me despierta.

—A veces creo que todavía no he aprendido la lección. Sigo confundiendo lo que necesito con lo que me hace daño —admito, bajando la mirada hacia mis manos.

—Todos lo hacemos, Alma. Lo importante es darnos cuenta a tiempo —responde Diego con un tono de voz que parece arrastrar su propia carga de experiencias—. Es curioso, ¿no? —añade pensativo—. Me refiero al tiempo. Ignoramos qué momento se convertirá en único, incluso los que parecen triviales pueden cambiarte la vida.

—Como mudarte a un pueblo perdido justo en mitad de noviembre...

Me sorprendo de mi medio broma, sobre todo porque rezuma un anhelo encubierto. Lo miro y en sus ojos veo un reflejo de mis propios miedos y deseos. Tal vez también esté buscando algo que ha perdido, igual que yo. Sin embargo, a pesar de la conexión que crece entre nosotros, sé que hay una barrera que no me deja abrirme del todo. Diego planea mudarse pronto y esa realidad pesa sobre mí como una nube que amenaza con deshacer cualquier posibilidad de permanencia. Me aterra volver a aferrarme a alguien que me abandonará sin remedio.

Nos detenemos un momento a observar a una madre que sostiene a su hijo para que cuelgue una estrella en lo alto del árbol.

—A veces me pregunto si podría dejar todo esto atrás —digo sin pensar, con la mirada fija en las luces titilantes—. Si debería irme, empezar de nuevo en otra parte.

Diego guarda silencio por un instante y, cuando finalmente habla, su voz es suave, casi un susurro.

—¿Y si no es el lugar lo que necesitas cambiar, sino la forma en que lo miras?

Capítulo 4

La tormenta de nieve



El viento aúlla como un animal herido y empuja la nieve contra las ventanas con furia ciega. La tormenta llegó sin previo aviso, envolviendo al pueblo en un silencio espeso, roto solo por el crujir de los copos helados contra el cristal. Diego y yo nos refugiamos en su casa antes de que la nevada se volviera intransitable y, ahora, atrapados por la fuerza del clima, me encuentro frente a la chimenea, viendo las llamas danzar mientras el calor se filtra poco a poco en mi cuerpo aterido.

—Parece que no podremos salir de aquí hasta mañana —dice Diego, trayendo dos tazas de té humeante.

—Vaya bienvenida al invierno.

Podría haber sido educada y haber dicho que me iré en cuanto haya tregua, que no quiero molestar y que la ventisca no es tan horrible como para no salir hasta mi casa, pero no lo hago. Diego se sienta en el sillón frente a mí y durante unos instantes el único sonido del ambiente es el chisporroteo de la leña y el viento que sigue soplando afuera, como si tratara de irrumpir en la pequeña burbuja de calor que hemos creado.

—Supongo que no esperabas que tu noche acabara atrapada aquí conmigo —comenta con una sonrisa de lado, esa que se enciende justo cuando parece que quiere ocultar algo.

—Bueno, al menos es mejor que estar sola y aburrida en mi casa —Me llevo la taza a los labios y doy un sorbo—. Y la compañía no está mal.

A medida que las horas avanzan, la conversación fluye en oleadas, interrumpida por momentos de silencios cómodos y el ocasional ruido de la madera al crujir. La luz del fuego es la única fuente de calor y, conforme la noche se espesa, Diego saca del pequeño frigorífico algunas sobras para preparar una cena improvisada. El aroma de la lasaña precocinada calentándose en el microondas se mezcla con el del pan de ajo que hemos metido al horno y nos sentamos en la mesa del comedor con los platos recién sacados, todavía humeantes frente a nosotros. Es una cena improvisada, sencilla, pero el calor que se desprende de la comida invade el espacio y le otorga un aire acogedor. Comemos despacio, como si saboreáramos algo más que la comida y nos alimentáramos también de esa extraña intimidad que ha traído la tormenta.

Me sorprende lo fácil que resulta hablar con él, aunque a veces siento que hay algo en sus palabras que no llega a tocar fondo, como si me ofreciera un reflejo en lugar de la verdad. Nos contamos anécdotas de infancia, historias de viejas amistades, pero percibo en su voz una ligera tensión, una cautela casi imperceptible con la que evita ciertos temas y cuida de no romper algún equilibrio delicado. La noche sigue su curso y yo no puedo evitar preguntarme si lo que hay entre nosotros no es más que una tregua temporal en medio de la tormenta, una pausa en la vida real que se desvanecerá con el primer rayo de sol.

—¿Alguna vez sentiste que no pertenecías a ningún sitio? —pregunta Diego de repente, con la mirada fija en el fuego.

Su voz tiene un tono grave, una melancolía que me golpea de lleno.

—Sí, muchas veces. Regresé al pueblo después de haberme ido a estudiar fuera en busca de esa pertenencia. Nada como la casa de la abuela, ¿verdad? —respondo, dejando escapar un

suspiro—. Ella siempre decía que no importa dónde estés, sino cómo lo habitas. Que si pones el corazón en un lugar, ese sitio se convierte en tu hogar. Pero, honestamente, a veces me pregunto si no es solo una forma de engañarnos a nosotros mismos para soportar la soledad.

Diego asiente, como si mis palabras le dieran forma a un pensamiento que no había podido expresar.

—Desde que terminó mi última relación, he estado yendo de un sitio a otro, sin asentarme en ninguno —confiesa—. Siempre siento que falta algo, que no es el lugar correcto. Tal vez espero encontrar algo que perdí, pero no sé qué es.

—Es curioso. Creo que sé a qué te refieres. Es como si algo se hubiera roto dentro de mí y no logro encontrar todas las piezas para repararlo.

Las palabras se quedan suspendidas en el aire y el silencio vuelve a instalarse entre nosotros. A lo lejos, el viento sigue rugiendo convertido en una constante que no podemos ignorar. Desvío la mirada hacia la mesa del comedor y ahí está: el paquete, envuelto en un papel marrón sencillo, con un lazo rojo que destaca en medio de la penumbra. Lleva días ahí, intacto, y cada vez que lo veo, la curiosidad se me agita en el pecho.

—¿Vas a abrirlo?

Diego gira los ojos hacia el objeto, pero no se mueve. Una sombra le cruza el rostro, un destello fugaz de algo que no sé si es tristeza o temor.

—Todavía no —responde con una voz que casi se apaga en el último suspiro.

Me quedo mirándolo y trato de descifrar por qué evita el tema con tanta determinación. La duda se cuela en mi mente, alimentada por el silencio que sigue sin romperse. Algo en él se cierra, como una puerta que golpea el viento con fuerza, y yo no sé cómo alcanzarlo. Es la misma sensación que me recorre cada vez que hablo de mi abuela, de esas cosas que quedaron sin decir, de las preguntas que nunca hice.

—A veces —empiezo, mirando el reflejo de las llamas en su taza de té—, uno guarda algo durante tanto tiempo que al final tiene miedo de descubrir lo que realmente contiene.

Diego me observa en silencio. Sus ojos parecen buscar algo en los míos y siento que estamos en el borde de un precipicio del que ninguno de los dos se atreve a lanzarse. Podría extender la mano y tocarlo, pero sé que sería demasiado pronto, que aún hay un muro que soy incapaz de derribar.

—¿Por qué te mudaste aquí? —pregunta de repente, como si intentara cambiar el curso de la conversación.

—No estoy segura —respondo, jugando con el borde de la taza—. Supongo que, en cierto modo, quería estar lejos de todo. No encontraba mi propósito, ese por el que levantarte contenta para ir a trabajar, y necesitaba pensar. Sentir que el tiempo se detenía para encontrarme. Luego mi abuela enfermó y ya no quise marcharme.

—Y, ¿lo has hecho? ¿Te has encontrado?

Me rio, pero es una risa sin alegría.

—No. A veces me parece que me pierdo más a medida que pasa el tiempo.

Afuera la tormenta persiste y envuelve la casa en una sensación de aislamiento. Diego se levanta y añade más leña al fuego, que chisporrotea como si tuviera algo que decir. Me acerco a la ventana y veo la nieve acumulada en la calle, borrando los caminos y cubriéndolo todo.

—Quizá sea lo que necesitamos —murmura Diego casi para sí mismo—. Un momento en el que todo se borre y tengamos la oportunidad de empezar de nuevo.

Lo miro de reojo, pero él sigue con la vista en las llamas. El paquete, sobre la mesa, parece observarnos, guardando su secreto. No insisto más; sé que algunos silencios son necesarios para

no romper lo poco que nos sostiene.

Capítulo 5

El eco del silencio



La mañana después de la tormenta el frío parecía haberse instalado en mis huesos, un frío que no provenía solo del clima, sino de lo que había quedado sin decir. Me marché de la casa de Diego con el primer atisbo de luz, mientras él todavía dormía en un rincón del sofá, cubierto con la manta que habíamos compartido. No tuve el valor de despertarlo. Me moví de puntillas para no hacer ruido, dejando atrás el calor que la chimenea había mantenido durante la noche, una calidez que no fue suficiente para disipar la barrera invisible que sentía entre nosotros.

Habíamos terminado durmiendo cada uno en un extremo del sofá con nuestras piernas enredadas sin querer bajo la manta. La noche fue un vaivén de palabras y silencios, confesiones a medias y sonrisas que se apagaban tan rápido como se encendían. A medida que el fuego se consumía, me fui dejando arrastrar por la fatiga y sentí cómo su respiración se hacía más lenta a mi lado. Nos quedamos así, suspendidos en una tregua silenciosa, como si el mismo aire nos hubiera arrullado para evitarnos otra conversación incómoda.

Cuando salí de su casa, el aire era gélido y el suelo crujía bajo mis botas. Caminé despacio por la calle cubierta de nieve hasta mi casa, con un nudo instalado en la garganta y una mezcla de tristeza y alivio. Me costaba admitir que había disfrutado de la intimidad forzada por la tormenta, pero también temía lo que aquello significaba. Desde entonces, Diego ha intentado contactarme, dejándome sus habituales notas por debajo de la puerta, pequeñas hojas dobladas en las que a veces solo escribe «hablemos» o «echo de menos nuestras charlas». Pero yo no he respondido. Hay algo en mí que se retrae, que se niega a abrir esa puerta.

No se trata de que no quiera verlo, es que no sé cómo hacerlo sin exponerme. Si me acerco más, temo perderlo; si me alejo, lo perderé sin duda.

La conexión que siento con Diego me asusta. No debido a que no sea real, sino porque hay algo tan frágil en ella que temo romperlo sin querer. Cada vez que pienso en que se marchará, siento un pellizco en el estómago que me obliga a callar. ¿Cómo podría admitir que no quiero que se vaya cuando apenas me atrevo a decirlo en voz baja, incluso para mí misma? Seguimos siendo dos extraños, quizás. Apenas hace un mes que nos conocemos. ¿Es posible establecer una conexión tan poderosa en un intervalo de tiempo así de breve?

Al final acabo cediendo y le invito a casa. Es la primera persona a la que dejo entrar después de la muerte de Nana. Sin embargo, la tensión se ha vuelto ineludible y, cuando él menciona otra vez su intención de mudarse, no puedo evitar responder con más dureza de la que pretendía.

—No entiendo por qué tienes tanta prisa en irte —le digo sin mirarlo directamente a los ojos —. Parece que ya no te queda nada aquí, pero eso no es cierto.

Él suspira y se pasa una mano por el cabello, como si el gesto pudiera despejar sus pensamientos.

—Alma, no se trata de prisa —responde con la voz tensa—. Es solo que tú... —Hace una pausa y se muerde los labios en busca de las palabras que no me hieran—. Quiero estar ahí para ti, me encanta charlar contigo, pero no puedes usarme para huir de tu duelo. Yo no soy la solución a lo que te pasa.

Me quedo en silencio de brazos cruzados, aguantando la lágrima que pugna por escaparse de mis ojos. La sensación de ser transparente, de que Diego haya visto algo que no quiero admitir, me resulta incómoda. Aun así, la frustración me empuja a hablar.

—No te estoy usando para escapar de nada —replico y siento cómo las palabras se me atragantan—. Tú eres el que huye. Tal vez no lo sabes, pero lo haces. Te vas porque es más fácil que quedarte y enfrentar lo que realmente te asusta.

—¿Y qué es lo que me asusta según tú? —me desafía, mirándome con esa mezcla de rabia y tristeza que solo he visto en quienes han sufrido una pérdida.

No me concedo unos segundos para pensar antes de hablar. Lo suelto tan rápido que no me importa si le hace daño.

—Equivocarte otra vez. Creer que puedes empezar de nuevo y volver a fracasar. —Las palabras salen con fuerza, como si no pudiera controlarlas—. Es más fácil decir que es por mí, ¿verdad? Así no tienes que asumir que en realidad es por ti.

Diego guarda silencio, pero su mandíbula tensa lo delata. Su mirada se vuelve distante, como si de repente hubiese levantado un muro que no voy a poder atravesar. Me siento impotente y pequeña, demasiado vulnerable.

—No tienes derecho a exigirme que me quede —dice finalmente en voz baja—. No es tan simple, Alma.

—¿Por qué no lo es? —insisto y mi propia voz se quiebra—. ¿Por qué no puedes quedarte y arriesgarte? Yo... yo también tengo miedo. No quiero perder nada más. Pero al menos estoy aquí, intentándolo.

Sus ojos se suavizan un momento, pero enseguida desvía la mirada hacia la ventana, donde los primeros copos de nieve empiezan a caer.

—Lo siento, Alma —murmura casi con un tono de despedida—. Pero no puedo ser tu salvavidas.

Sin añadir nada más, se marcha. La puerta se cierra con un ruido seco que reverbera en mi pecho y me deja sola en una casa que de pronto se siente más vacía que nunca. La tormenta comienza a arreciar afuera, sincronizándose con lo que me sucede en el interior, y yo me quedo en el salón, contemplando el eco de sus pasos.

Me dejo caer en el sofá y me abrazo las rodillas. Recuerdo la primera ruptura con un chico con el que apenas salí unos meses, aunque mi corazón exageró aquel tiempo hasta convertirlo en un hito vital. Fue mi abuela quien me dijo que en la vida hay momentos en los que se debe aprender a soltar para dejar espacio a lo que nos pertenece, pero yo no sé cómo hacerlo sin sentir que me desmorono. Desde que ella murió, me he mantenido ocupada, evadiendo el dolor, creyendo que lo superaría sin más, y ahora la necesidad de aferrarme a algo se hace insoportable.

Pienso en las decisiones que he tomado desde entonces: la soledad que elegí, los días que dejé pasar sin hacer nada por miedo a continuar el camino. Tal vez Diego tiene razón y no sé enfrentar mi duelo, pero eso no significa que no quiera intentarlo.

Y tal vez eso es lo que me asusta más, darme cuenta de que quiero algo, de que estoy dispuesta a arriesgarme a perder de nuevo, si eso significa sentirme viva otra vez. Mientras la tormenta golpea las ventanas, me doy cuenta de que, a pesar de todo, hay algo en mí que aún ansía la calidez de la vida que quedó fuera de estas paredes.

Mi mente viaja a aquel misterioso paquete que nos unió a través de una serendipia invisible, el mismo que sigue en la esquina del salón de Diego, intacto desde que se lo devolví hace ya un mes. Mentiría si dijera que no le he dado mil vueltas a la posibilidad de su contenido. Imagino que se trata de algo destinado a su exnovia, que tal vez iba a reconciliarse con ella antes de que la

tormenta nos encerrara juntos. ¿Y si contiene algún objeto importante para ambos, un gesto de despedida o, peor aún, de reencuentro? Otras veces pienso en cosas más absurdas: ¿y si guarda algún secreto que nunca me ha contado, algo que ha mantenido oculto mientras fingía ser tan transparente? Quizás tenga una doble vida o un pasado del que no pueda desprenderse.

Me resulta más fácil enfadarme con él por lo que podría significar esa cajita, por su silencio en torno a su contenido, que enfrentar la posibilidad de que simplemente no quiera quedarse. Convertir el paquete en un símbolo de traición o mentira me da un motivo concreto para justificar la distancia que he puesto entre nosotros, un ancla para la rabia y la decepción. De este modo, me convenzo de que es mejor olvidarlo, que en realidad él nunca tuvo la intención de quedarse aquí conmigo. Simplemente fui una distracción, al igual que él para mí. Eso no puedo echárselo en cara. ¿Quién recibe un paquete y no lo abre? Es sospechoso, como si quisiera dejarme en esta incertidumbre, una especie de juego cruel para recordarme que siempre hay algo que no sé, algo que me falta por descubrir.

La nieve cae con fuerza, cubriendo el mundo exterior de un blanco inmisericorde y, a medida que la tarde gris avanza, me envuelve una sensación de vacío a la que debo enfrentarme de una vez.

Capítulo 6

Nochebuena y una confesión



La Nochebuena ha caído sobre el pueblo con una frialdad despiadada que, aunque típica de este mes por estas tierras, me tensa los músculos de la espalda. Afuera el cielo está cubierto de nubes grises que no dejan pasar ni un rayo de luz, ni siquiera el de la supuesta luna llena que reinaría esta noche, y la lluvia, fina y constante, golpea los cristales con un murmullo monótono. He pasado el día evitando mirar el reloj, fingiendo que el paso de las horas no me importa, pero la verdad es que cada minuto es un pesado recuerdo que se suma a la soledad de la casa. La manta de lana de Nana apenas me proporciona el consuelo que busco y el eco de su ausencia resuena más fuerte que nunca.

Mi apetito no ha hecho acto de presencia. Estoy a punto de rendirme y encender la televisión, cuando suena el timbre. El sonido es inesperado, tan fuera de lugar en esta noche que necesito un momento para reaccionar. Me levanto con el corazón latiendo con fuerza y hasta dudo de si no ha sido simplemente mi imaginación, pero vuelve a sonar. Camino hasta la puerta y la abro con cautela, esperando ver a alguien al otro lado. Sin embargo, la calle está vacía, solo la lluvia cae sobre la acera y el viento me agita el cabello.

Entonces lo veo. Allí, justo en el umbral sobre el felpudo en forma de gato, el paquete me espera. Está cubierto por un plástico para protegerlo del agua y, una vez más, se me forma una bola ansiosa en la tráquea. Me agacho para recogerlo y lo miro entre mis manos. Un atisbo de rabia se abre paso dentro de mí. Diego lo tuvo ahí, olvidado en la esquina del salón durante semanas. Por un instante aprieto el borde del envoltorio con los dedos, tentada a rasgarlo y averiguar qué hay dentro, pero una sensación de amargura me detiene. No lo abrió entonces y no lo haré yo ahora. Diego no tiene derecho a jugar conmigo de esta manera, a dejar esto en mi puerta como si el tiempo no hubiera pasado y nada hubiera cambiado y huir como un cobarde.

Porque ha tenido que ser él o un bromista rematadamente retorcido que me ha estado vigilando.

Con un gesto decidido, lo dejo de nuevo en el suelo, justo donde lo encontré, y cierro la puerta. No pienso jugar a ese juego. Si cree que puede reaparecer con sus misterios y esperar que yo lo reciba con los brazos abiertos, se equivoca.

Mientras me doy la vuelta para regresar al salón, el timbre vuelve a sonar. Me congelo un segundo, sin saber si estoy al borde del llanto o de la ira, y abro la puerta con más fuerza de la que pretendía.

Allí está Diego, empapado. El agua le resbala por el cabello y el rostro, y su chaqueta oscura gotea, pesada. Jadea ligeramente, como si hubiera corrido para llegar hasta aquí. El vapor de su aliento crea nubes efímeras en el aire helado. Diego parece más vulnerable bajo la lluvia, con la piel de sus manos enrojecida por el frío. Por un momento, nos quedamos mirándonos sin decir nada, hasta que él rompe el silencio.

—Lo siento —dice con voz baja, casi en un susurro que la lluvia podría borrar en cualquier momento—. Necesitaba tiempo para pensar... y tú también. Así que me marché.

—Pero...

—Si te hubiera explicado algo —me interrumpe—, no lo habrías entendido.

La furia que había sentido un momento antes se apaga de golpe y me deja con una sensación extraña, a medio camino entre la frustración y la comprensión. No sé qué esperaba que dijera, pero no era esto. Doy un paso hacia atrás y le doy espacio para que entre, pero él se queda en el umbral.

—¿Y ahora qué, Diego? —le pregunto con más dolor en la voz del que me gustaría admitir —. ¿Vienes a darme más respuestas a medias? ¿A refugiarte hasta que se calme la lluvia?

Diego sacude la cabeza y un mechón de pelo mojado le cae sobre la frente. Da un paso adelante y se adentra en la casa sin que yo lo invite realmente. Después cierra la puerta tras él. El sonido de la lluvia queda amortiguado, pero no el frío que él trae consigo.

—Tienes razón —dice entonces, mirándome a los ojos con una intensidad que me desarma —. Llevo tiempo guardando un secreto y creo que ya es hora de que lo sepas.

Siento que el aire se vuelve denso entre nosotros, cargado de cosas que nunca se dijeron. Me cruzo de brazos, esperando, mientras él se mete las manos en los bolsillos de su abrigo, nervioso, como si buscara ahí las palabras que necesita. Abre la puerta de nuevo, se agacha y recoge el paquete del suelo. Regresa al interior, lo sacude un poco para quitarle el agua que ha conseguido traspasar el plástico y lo sostiene entre nosotros.

—La verdad es que no sabía cómo dártelo —continúa con su voz un poco más firme—. La primera vez que te vi, mirando por la ventana mientras me mudaba, no eras más que una desconocida, pero había algo en ti... Una tristeza que me resultó familiar, supongo que vi un reflejo de mi propia soledad. En aquella mirada sentí que había historias sin contar, una profundidad que me llamaba a ayudarte. A veces la vida nos lleva por caminos oscuros y te vi atrapada en uno de ellos. Fue como si una parte de mi alma se conectara con la tuya, y no pude evitar sentir que debía conocerte más, que quería descubrir qué era lo que te pesaba tanto. Eso me llevó a prepararte el regalo, a buscar una manera de ofrecerte compañía en una noche que puede ser tan solitaria como mágica. Al principio pensé que era solo coincidencia, pero cada vez que nos encontrábamos, sentía que... —Se detiene, buscando las palabras adecuadas—. Que quería conocerte más, saber qué te había llevado a cargar ese peso contigo.

Me tiende el paquete y mis manos lo reciben casi de forma automática. Su confesión flota en el aire y sé que no ha terminado, que aún quedan cosas que decir.

—Cuando me lo devolviste, pensé que con el tiempo sería más fácil dártelo —dice—, pero luego... empecé a dudar. No sabía si realmente era buena idea. Quizá me estaba metiendo en algo que no me correspondía. Cada vez que nos encontrábamos, quería contártelo... Siempre pensaba «quizás mañana», pero no me atrevía.

Miro el paquete y siento que tiemblo. Las palabras de Diego, sus razones, su cercanía... todo me confunde y a la vez me toca en un lugar muy profundo. Estoy a punto de decir algo cuando él continúa.

—Es una invitación —aclara con una voz que apenas se sostiene—. A una cena en un restaurante especial que solo abre en Navidad. Un lugar que descubrí el año pasado y que se convirtió en un refugio para mí. —Su mirada se suaviza, como si hubiera encontrado algo de paz en decirlo—. Quería que tuvieras compañía en estas fechas, pero ¿cómo se le explica eso a una extraña? Habrías pensado que estoy loco o que soy un acosador, vete a saber. Quizás lo pienses ahora...

Mis dedos tiemblan al deshacer el envoltorio y revelar la tarjeta que hay en su interior. Es una invitación sencilla, escrita a mano, y por un momento me encuentro dudando si esto es real o algún tipo de sueño extraño.

—Diego... —susurro sin saber muy bien qué decir—. ¿Por qué ahora?

Él se encoge de hombros con una sonrisa tímida que apenas asoma por sus labios.

—Porque no sabía si ibas a abrirlo y no quería dejarlo al azar. —Hace una pausa y, entonces me mira con una sinceridad que hace que mis defensas se derrumben—. He decidido quedarme en el pueblo. Porque este lugar... tú... habéis conseguido que, por primera vez en mucho tiempo, sienta que estoy en casa. Y eso es más valioso que cualquier cosa que hubiera podido encontrar ahí afuera.

La lluvia sigue golpeando los cristales. No sé si estoy lista para aceptar lo que Diego me ofrece o si mis miedos me permitirán confiar, pero por primera vez en mucho tiempo quiero intentarlo. Porque quizás esta Nochebuena pueda significar algo más que una noche solitaria.

—Entonces, ¿empezamos de nuevo? —me pregunta, levantando la vista para encontrarse con mis ojos.

Siento un empujoncito en el hombro. Por un segundo casi escucho la voz de Nana diciéndome que a veces es mejor arriesgarse, aunque el resultado sea incierto. Me giro y no hay nadie, por supuesto, salvo la foto de Nana con mi hermano y conmigo en aquellas primeras Navidades colgada en la pared, y su sonrisa me parece más cálida de lo habitual.

Asiento con una sonrisa cautelosa y cierro la puerta, dejando el frío fuera y a nosotros dentro.

—Es hora de cenar.

Capítulo 7

Año nuevo, nuevas posibilidades



—Señorita Ruby Chartreuse —Diego levanta su copa y su tono es elegante, casi sobreactuado—, espero que disfrute de esta cena tanto como disfruta desenterrando secretos oscuros en mansiones victorianas.

Le devuelvo la sonrisa, disfrutando de cómo el juego nos envuelve. Mi personaje, Ruby, es una famosa cazatesoros con un gusto especial por lo macabro. Tan opuesta a mí que me sorprende lo bien que me he adaptado a su piel por una noche.

—Querido Lord Barnabas Blackwood —respondo y me llevo la copa de vino tinto a los labios. Antes de darle un sorbo, disfruto del aroma del vino—, espero que pueda resistirse a utilizar sus afamadas habilidades de ilusionista para hacer desaparecer mi cena. Sé que en Londres sus trucos son legendarios, pero no querrá arruinar la reputación de este lugar tan exclusivo.

Diego sonríe, encantado con mi respuesta, y toma un sorbo de su bebida antes de responder.

—Oh, querida Ruby, mis trucos son solo para deslumbrar al público, no para robar cenas. —Hace una pausa y la chispa de travesura en sus ojos se intensifica—. A menos, claro, que quiera ver un truco de desaparición que la deje sin aliento. Ya sabe, algo inesperado...

—¿Inesperado? —Alzo una ceja y me inclino un poco hacia él—. No será algo tan simple como hacer desaparecer una servilleta o una moneda, ¿verdad? Porque mi abuela solía hacerme trucos de ese tipo y le aseguro que estoy bastante curtida en ese terreno.

Él se inclina todavía más y tamborilea con sus dedos sobre la mesa, creando un pequeño ritmo que me atrapa.

—Le aseguro, señorita Chartreuse, que mis trucos no tienen comparación. —Su voz se vuelve más baja, casi un susurro—. Puedo hacer desaparecer secretos, temores, incluso el tiempo... si me lo propongo.

—¿Y qué hay del pasado, Lord Blackwood? —Le lanzo una mirada que mezcla diversión y un desafío sutil—. ¿Puede hacer desaparecer el pasado? Porque hay quien dice que los fantasmas nunca se van del todo.

Diego se queda en silencio un momento, como si meditara su respuesta. A pesar del juego, sé que esta conversación lleva una doble intención, un tono que resuena más allá de nuestros personajes.

—El pasado... —dice al fin—, tiene la molesta costumbre de aferrarse a nosotros, pero con el truco adecuado, puede volverse tan ligero como un suspiro. —Sonríe, regresando a su tono jovial —. Sin embargo, para usted, Ruby, yo haría desaparecer todos los fantasmas.

La cena continúa y, a medida que los platos van y vienen, la conversación fluye, deslizándose de una travesura a otra. Ruby y Barnabas se cruzan historias extravagantes, como aquella vez en que ella encontró una joya encantada en los sótanos de un castillo escocés o cuando él, durante un espectáculo en París, hizo que toda una audiencia jurara haber visto a Napoleón aparecer en el escenario.

—¿Y qué hay de su próximo destino? —pregunta Diego con su mejor voz de lord inglés—. ¿Adónde se dirigirá la valiente señorita Chartreuse en su próxima aventura?

Muevo la copa en círculos, pensando en la respuesta más divertida.

—Había pensado en los Alpes suizos —digo, adoptando un tono intrigante—. Se rumorea que hay un monasterio oculto en las montañas donde los monjes guardan un libro escrito por el mismísimo diablo.

—Interesante. —Diego deja la copa en la mesa y se inclina hacia mí con una mirada que mezcla diversión y algo más profundo—. Aunque si quiere un desafío real, le recomiendo explorar la niebla de un pequeño pueblo costero... Al parecer, aquellos que se aventuran demasiado lejos en sus calles desaparecen.

Me río, sabiendo que nos estamos acercando al final de nuestra pequeña actuación. La música en el restaurante se vuelve más animada y el ambiente se llena de risas y conversaciones que flotan en el aire festivo.

—¿Y usted, Lord Blackwood? —le pregunto—. ¿Tiene algún truco final para esta noche?

Diego me mira con una intensidad que me desarma por completo. El bullicio del restaurante, el suave tintineo de las copas y la música de fondo parecen desvanecerse hasta volverse un murmullo distante. La Navidad se queda en un segundo plano, al igual que esta tradición que hemos instaurado sin planificarlo. Un restaurante que abre solo una vez al año, una cena de Nochebuena en la que decidimos ser dos completos desconocidos que juegan durante un rato. Diego conserva un halo tan misterioso como el del lord que se ha propuesto interpretar.

Se levanta despacio, rodea la mesa y, cuando me tiende la mano, siento un ligero temblor en mi interior, una mezcla de anticipación y vértigo. Sus dedos se cierran suavemente sobre los míos y, cuando me ayuda a levantarme, el contacto de su piel contra la mía provoca un leve cosquilleo que se desplaza por mi brazo, acelerando el ritmo de mi corazón.

—Solo uno, señorita Chartreuse —dice con una voz tan baja que apenas logro oírlo—. Pero puede que sea mi mejor truco.

Estamos frente a frente, a tan solo un suspiro de distancia. Puedo ver la chispa traviesa en sus ojos, pero también algo más profundo, una calidez que parece arder en su mirada. Me siento envuelta por esa conexión que hemos ido forjando durante el último año, en esos cafés improvisados, en los paseos por el pueblo, en las palabras compartidas y los silencios que hablaban por nosotros. Y entonces, sin darme tiempo a pensar, se inclina hacia mí.

El primer roce de sus labios contra los míos es suave, casi tímido, pero el contacto me estremece. Es como si el mundo entero se detuviera en ese instante y todo el tiempo que Diego y yo hemos esperado hubiera convergido en este beso. Me besa con una delicadeza que me desarma, con la paciencia de alguien que ha soñado con este momento pero ha sabido esperar hasta que fuera perfecto. Puedo sentir su respiración mezclándose con la mía, el leve roce de su barba en mi piel, y me dejo llevar, cerrando los ojos mientras el calor de su boca me envuelve por completo.

Cuando sus labios se mueven lentamente sobre los míos, una oleada de emociones se libera en mi pecho, una mezcla de alivio y deseo que me llena de vida. Mi mano se posa instintivamente sobre su brazo y me aferro a él como si necesitara anclarme a este instante, a esta realidad que se siente casi ficticia. Es un beso que no solo sabe a presente, sino también a promesas, a caminos que se abren y que invitan a ser explorados juntos.

Diego se separa apenas un par de centímetros, aunque sus labios aún rozan los míos. Abro los ojos y lo encuentro mirándome con una sonrisa contenida, como si quisiera asegurarse de que no he desaparecido en uno de sus trucos de magia.

—Mis disculpas —susurra con voz ronca. A él también le cuesta romper el hechizo—. Fue un arrebato de mi personaje. Sabe cómo son los magos, siempre tan impulsivos.

La risa se me escapa, quebrando la tensión del momento, pero es una risa ligera, cargada de felicidad. Siento que el aire de la noche entra en mis pulmones de forma diferente, como si respirara por primera vez en mucho tiempo. Todavía puedo percibir el sabor de su beso, una mezcla de vino y algo más dulce que no sabría describir pero que me deja con la certeza de que este es solo el comienzo de algo nuevo y emocionante.

No sé si Ruby Chartreuse y Lord Blackwood continuarán sus aventuras en las historias que hemos inventado, pero sí que lo que hay entre Diego y yo ha crecido mucho más allá de nuestros juegos.

—Entonces, Barnabas —digo, volviendo a mi personaje con una sonrisa—, creo que voy a necesitar ver más de esos trucos suyos. Quién sabe, tal vez hasta me quede por aquí un poco más.

Diego sonríe y en sus ojos veo algo que me promete nuevas posibilidades. Salimos del restaurante y la noche nos recibe con un aire de esperanza. Tal vez no sea un truco de magia, pero el simple hecho de caminar juntos, dejando atrás las sombras del pasado, es el mejor comienzo que podía imaginar para el año nuevo.

Sobre la autora

Patricia White es el seudónimo y alter ego con el que escribo historias de romance, contemporáneas y *feel good* tras más de una década publicando otros géneros con editoriales independientes y grandes sellos como Penguin Random House. Mi identidad por ahora es un secreto y eso me permite jugar con historias que te conmuevan, te calienten un poquito el corazón y te evadan junto a sus personajes.

Me encanta la montaña, el otoño y leer con mi perrito en el regazo.

Si quieres enterarte de mis próximas publicaciones y charlar conmigo, estoy en Instagram como @**patriciawhiteescritora.**

Gracias por leerme.

Patricia W.